

do de una época...

—Sí, dialogan en cuanto tienen que ver con la crítica que realizo a cierta literatura de esta época porque, independientemente del género, se adapta y amolda a los cánones, a los discursos y a las ideas asumidas y consideradas adecuadas. Con mi narrativa intento reírme de mi época, cuestionar ciertos principios y mostrar sus contradicciones. En este último trabajo, planteo la imposibilidad de legislar el deseo, de marcar jurisprudencia en el tema del deseo. De ahí la pregunta que deberíamos hacernos: ¿qué hacemos con lo que no se puede juzgar? No todo se puede juzgar. Nuestra época es más exacerbada que otras. Estamos siempre listos para determinar quién es la víctima y quién el victimario sin darnos cuenta de que son conceptos rodeados de contradicciones que definen la época en que vivimos. Queremos ser tolerantes, pero solo con algunos. Estamos en un mundo lleno de trampas.

—No se cree mucho el discurso de la tolerancia...

—Más que nada, sospecho del lenguaje. Siempre hay que sospechar del lenguaje que te imponen. Hay personas que parecen llevar siempre consigo una lista de conceptos sobre los que deben hablar: patriarcado, respeto, tolerancia, minorías... Como escritores, no tenemos que adoptar la lengua que nos dicen que debemos usar, sino intentar armar una lengua disidente. Este debería ser el propósito de toda novela. No es fácil, pero es lo que intento cuando intento dinamitar la gramática de la familia, de la maternidad o del amor. Y hay que darse cuenta de que ahora tenemos una lengua para la sumisión, la lengua de la tolerancia, que nos dice qué está bien y qué mal. Actualmente, todos tenemos una pistola en la cabeza, porque nos dicen cómo tenemos que hablar para no ser transfóbica, islamofóbica, racista, intolerante... ¿Y cuál es el objetivo? Fácil: que no pensemos. Estamos asumiendo formas de intimidación. En Francia es espectacular la intimidación a periodistas. Todas las palabras que utilizan están muy, muy medidas.

—La identidad es un tema central de esta novela: su protagonista es argentina y judía. Usted reflexiona sobre de qué manera su identidad es un condicionante.

—Como latinoamericana y como judía, es doblemente inmigrante en un país como Francia. La novela me permite reflexionar sobre la obsesión por el tema identitario, que se hace muy visible en las ferias o encuentros literarios. Cuando, sentadas en una mesa, se recurre a una acumulación de etiquetas que convierten nuestros *curriculum vitae* en un catálogo de identidades que se mencionan como si fueran méritos.

—No es la primera vez que usted se muestra crítica con este afán identitario.

—Cierto. Las identidades son tram-

pas mortales para que seamos lo que quieren que seamos o lo que no quieren que seamos. La colisión constante de las identidades es casi inevitable y en esta novela trato de poner en acto precisamente esta colisión. Allí está la figura de la suegra, que cuando ve que la mujer de su hijo es judía se espanta. Y esa idea de la identidad francesa se tambalea con la aparición de la protagonista.

—Lo paradójico es que eso sucede en un país como Francia.

—Sí, y no en un país ultracatólico. Todo esto tiene lugar en la laica Francia, un país donde los judíos han tenido mucho peso, sobre todo cultural e intelectual, a lo largo de todo el siglo XX. Y, sin embargo, dentro de la familia, dentro de ese espacio en el que uno se creería más a salvo, es donde la protagonista encuentra al enemigo.

—Un enemigo que la ataca cuestionándola como madre hasta el punto de pedir que le quiten a sus hijos.

—A veces me planteo que es hora de salirme de la red conceptual o del campo semántico de la maternidad pero, la verdad, no puedo, porque la maternidad siempre ha sido una herramienta de violencia. Desde siempre me ha apasionado estudiar los periodos soviéticos, pero también el nazismo y las dictaduras militares y me he dado cuenta de que, independientemente del periodo histórico y del país, la maternidad siempre está en el centro de las disputas económicas: robos de bebés, mujeres violadas a las que se deja embarazadas, abortos forzados, mujeres a las que se les quita el bebé nada más nacer, mujeres obligadas a parir, aunque no quieran... Lo que quiero decir con esto es que la maternidad siempre ha sido un arma de manipulación y de terror. A todo esto, no podemos olvidar otra pieza clave, los hijos.

—Efectivamente, en su novela, los hijos son otro arma utilizada.

—No es necesario irnos a las dictaduras del pasado, al estalinismo, al nazismo o a la Argentina de Videla. Fíjese en lo que está pasando en la frontera de Gaza: vemos a mujeres desesperadas porque les han secuestrado a sus hijos. Es decir, los hijos, incluso antes de nacer, son una moneda de cambio: te quito el feto o te lo pongo, te mato al hijo, te lo secuestro o te lo quito... A la protagonista la enloquecen poco a poco, la aterrorizan y le quitan los hijos. Es entonces cuando ella decide recuperar a sus hijos y llevarlos; de esta manera, es ella ahora quien aterroriza a su marido y a la familia de él. En la novela, quería explorar los mecanismos utilizados para volver "locas" a las mujeres, para llevarlas a la locura. Recuerdo una película en

la que un hombre iba cambiando las luces de la casa para así alterarle a su mujer el tiempo y convertirla el día en noche y viceversa, a la vez que, con una grabadora, le hacía creer que escuchaba voces. De esta manera, ella iba adentrándose en el terreno de la locura.

—Se las lleva a la locura para luego acusarlas de estar locas.

—Efectivamente. Como me dijo en una ocasión un psiquiatra, lo que hace el perverso narcisista es llevarte a la locura y luego acusarte de ello. El hombre perverso le quita los hijos a la mujer y, luego, dice que está alterada, que no es estable, pero ¿cómo no lo va a estar? Pero con este mecanismo tan perverso, el protagonista de esta novela pasa de ser el violento a ser la víctima cuando ella decide llevarse a los hijos. La novela, en el fondo, gira en torno a una extorsión.

—De esto se trata cuando hablamos de violencia vicaria: chantajear al otro a través de los hijos.

—Ahora hablamos mucho de la violencia vicaria, sin embargo, no es nada nuevo, viene de antiguo. Es algo tribal. Tiene que ver con los crímenes de honor, es decir, yo hago esto con los niños en tu contra y por mi honor. Pienso en ese hombre francés que agarró a sus dos hijas y se mató con ellas en el mar, pero solo se pudo recuperar el cuerpo de una de las niñas. O pienso en ese otro que se colgó en Barcelona después de dejar a su hijo muerto en el hotel.

—En la novela, también menciona a Susan Smith, una mujer norteamericana condenada por asesinar a sus dos hijos.

—Porque también existen madres que abandonan a sus hijos e, incluso, que los matan. La novela es una especie de tornado que gira una y otra vez, cada vez más violentamente, alrededor de la noción de terror y de maternidad, de poder y de emancipación, poniendo el foco en la mujer y preguntándose cuándo la protagonista consigue emanciparse de la manipulación y del tutelaje que le imponen, qué implica para ella emanciparse. Hay que tener en cuenta que la maternidad no te exime de la violencia o de la criminalidad. La maternidad no te protege de nada.

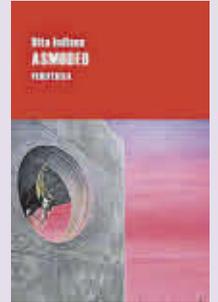
—El matricidio es una especie de tabú. ¿Tiene la impresión de que asumimos mejor el parricidio que el matricidio?

—Lo mismo sucede con el incesto. Hay ciertas violencias que podemos digerir, sobre todo si vienen de parte del hombre, pero que son impensables si vienen de parte de la mujer. Incluso cuando estas violencias tienen su origen en problemas psiquiátricos lo que hacemos es declararlas como algo imposible e inimaginable. Sin embargo, lo que digo con esta novela es que la maternidad no te pone a salvo ni siquiera de la crueldad.

Asmodeo

Rita Indiana

Periférica, 259 páginas



Asmodeo, un demonio milenario de poderes menguantes, abandona el cuerpo del rockero cuarentón en el que lleva décadas viviendo para buscar uno más joven. En ese periplo, que le lleva a rebotar de un huésped a otro, se va armando una compleja trama que nos sumerge en el abigarrado territorio emocional del Santo Domingo de 1992: desde la escena del heavy metal local hasta la casa de un extorturador al servicio de la dictadura de Balaguer. Las infernales vidas de los humanos se enredan así con las maquinaciones de ángeles y demonios en esta crónica alucinada de un pedazo de la historia dominicana.

A forza escura

Louis Couperus

Trad. Antón Valle e María Alonso Galaxia, 253 páxinas



Arredor de 1900, Otto van Oudijck desempeña o cargo de gobernador dunha vila costeira próxima a illa de Xava. Con esta obra Couperus exerceu unha crítica temperá e explícita, do colonialismo dos europeos. Para o autor, que toma partido pola resistencia dunha poboación nativa en aparencia sumisa, Indonesia é "unha colonia xigantesca mais exhausta, dirixida desde os Países Baixos sempre cunha única idea en mente: a obtención de beneficios", análise que desempeñou un papel crucial na toma de conciencia acerca dos desmandos do pasado colonial.

La exactitud del dolor

Horacio Convertini

Letras de Plata, 192 páginas



De madrugada, en un paraje desolado, un boxeador agoniza de un balazo. Ya sin esperanzas, reconstruirá los hechos clave que lo han llevado hasta allí. La rabia contenida, un amor inolvidable, la gloria efímera, los pasos en falso, el ocaso irremediable, un absurdo afán de redención. Esa misma noche, en la gran ciudad, quien fuera su maestro se desvela y piensa en él. Como en un juego de espejos, también evocará sus propios sueños y engaños, los golpes que le dio la vida y que aún le duelen. Lo que ninguno de los dos sabe es que los destinos de uno y otro están unidos por una estela de codicia, sangre y muerte. S.R.

LOS MÁS VENDIDOS

FICCIÓN

1. La grieta del silencio. Javier Castillo (Suma).
2. Un animal salvaje. Joël Dicker (Alfaguara).
3. Baumgartner. Paul Auster (Seix Barral).
4. En agosto... García Márquez (Random House).
5. Palabras malditas. Miguel Conde (Ednes B).

NO FICCIÓN

1. Recupera tu mente... Marian Rojas (Espasa).
2. Hábitos atómicos. James Clear (Planeta).
3. Cómo hacer que te pasen... Marian Rojas (Espasa).
4. Adiós a la inflamación. S. Moñino (HCollins).
5. Algo que sirva como luz. F. Navarro (Aguilar).

EN GALEGO

1. Pel de cordeiro. Leticia Costas (Xerais).
2. Pan galego. Edu Lavandeira (Xerais).
3. Os seres queridos. Berta Dávila (Xerais).
4. A noite das cebolas. Rosa Aneiros (Xerais).
5. De costumes e agoiros no mar...D. Costas (Medulia).